

es también un discurso cerrado. Las múltiples líneas que sondea terminan confluyendo en una clara conclusión: los textos, he ahí la realidad última de toda actividad científica. Y es que el principal defecto que se le puede achacar es el de una excesiva implicación en el proyecto de consolidación académica del campo en el que los autores se encuadran. Lo que les lleva a revestir a su obra de la “estética” de aquéllos a quienes están investigando, proyectando en la representación los mismos esquemas de los representado: *La vida en el laboratorio* es la construcción textual del hecho sociológico de la construcción textual de un hecho científico, y de ello los autores quieren hacer virtud, eludiendo -aunque ciertas argucias retóricas parezcan ir en sentido opuesto- enfrentarse abiertamente al problema que esta circularidad plantea.

En todo caso, la lectura del libro de Woolgar y Latour no dejará insatisfecho a quien desee comprobar como funcionan los engranajes habitualmente ocultos de “esa cosa llamada Ciencia”.

Miguel Ángel VÁZQUEZ

Antonio IZQUIERDO: *La inmigración inesperada. La población extranjera en España (1991-1995)*. Madrid. Ed. Trotta; 1996

La variada naturaleza de los movimientos migratorios es fiel reflejo de las específicas estructuras sociales que los gestan: su diferente dirección, composición y ritmo muestran una viva sensibilidad a la concreta historia de los pueblos. Así ha acaecido en España, que de país de emigración en el decenio de los años sesenta se ha convertido, como quien no hace la cosa, en país de inmigración -o poco menos- en el decenio de los años noventa. Casi de la noche a la mañana, se podría decir en términos históricos. Que, si algo ha caracterizado al reciente proceso de cambio de la sociedad española, ha sido su asombrosa celeridad: lo que en otros países adelantados se ha llevado todo un siglo, aquí se ha logrado en unos pocos lustros. Instituciones, valores, normas, mentalidades, empleos han experimentado tan hondas transformacio-

nes en lapso tan breve que no sería un dislate afirmar que vivimos en otro país: abierto, pujante, emprendedor y próspero, a pesar de los pesares. No es de extrañar, pues, que los flujos migratorios hayan cambiado de signo -o lo estén haciendo- en los últimos tiempos. De esta tan atrayente materia trata el libro de Antonio Izquierdo, *La inmigración inesperada*. Los distintos trabajos que lo componen, adquieren unidad y valor comparativo al emplear persistentemente como elementos analíticos las siguientes cuestiones: magnitud de la corriente migratoria, su composición, sus causas, sus efectos y reacciones ante la misma.

*Magnitud.* Ante la carencia de estadísticas migratorias propiamente dichas -el registro de los flujos migratorios obedece a criterios políticos y culturales-, hay que saber ingeniárselas para aventurar una cifra sin incurrir en disparate. Es lo que hace Izquierdo. Aunque sus habilidosos cálculos desembocan, de conformidad con la fuente manejada, en cantidades discrepantes. Lo que en un principio desconcierta, pues uno desearía coincidencias y exactitudes a pesar de las dificultades técnicas. Al lector, no obstante, le es dado averiguar lo que de verdad importa -al menos en términos sociológicos-: que no ha habido invasión ni corriente torrencial. Aunque el número de inmigrantes crece, lo hace parsimoniosamente. No nos ocurre, en este punto, algo muy distinto de lo que sucede en los países europeos de mayor tradición en la acogida de extranjeros: tampoco en éstos se ha producido avalancha alguna, ni tan siquiera como consecuencia de los grandes eventos propiciatorios de movimientos de población que han marcado la reciente historia europea. Además, nuestros inmigrantes son escasos tanto si se comparan con el volumen acogido por nuestros socios comunitarios como con nuestros emigrantes. Por tanto, se mire como se mire, no es como para asustarse: nuestra percepción colectiva en cuanto país de inmigración se asienta antes y más firmemente en los medios de comunicación y en la controversia política que en la realidad misma. En este sentido cobra todo su significado la expresión que da nombre al libro.

*Composición.* Los datos disponibles sugieren como dos flujos inmigratorios bien distintos convergiendo en nuestro país en el último lustro: por una parte, una inmigración señaladamente femenina, casada, profesional, envejecida, jubilada, de países comunitarios; por otra, una inmigración dominada por jóvenes, solteros, de escasa o nula formación profesional, de países del Tercer Mundo. A la primera, la inmigración regular, es a la que Izquierdo llama convenientemente inmigración inesperada. Es la que se desprende de los registros oficiales, previos a las regularizaciones administrativas de trabajadores extranjeros acometidas por sucesivos Gobiernos socialistas. Mas, tras

la aplicación de estas medidas políticas, las pertinentes estadísticas hacen aflorar una segunda población inmigrante -hasta ahora en situación irregular- caracterizada por la posesión de los atributos convencionales: inmigración tradicional podríamos llamarla. Con la disposición regularizadora -puntualiza Izquierdo- se pasa del espejismo de la inmigración sorprendente e inesperada a la tranquilidad de una inmigración sujeta a la norma. Mediante la combinación, más o menos perfecta, de las dos corrientes inmigratorias es posible hacerse una idea aproximada de la composición de la inmigración real: muy cercana a la de corte tradicional, con algún rasgo típico -como la presencia notable de jubilados europeos- de la específica situación española.

*Causas.* Entre las múltiples causas que generan los movimientos migratorios, Izquierdo privilegia el factor político, entendido en un sentido amplio; esto es, abarcando tanto disposiciones legales de política migratoria sensu stricto, como de política económica, laboral y social de aplicación general. Sin que por ello caiga en el error -tan propio de hombres de gobierno- de conceder a las leyes poderes taumatúrgicos. Sólo pretende destacar, en el marco determinante de la estructura social, el poder constructivo de las leyes. Para la formación de corrientes migratorias, no es lo mismo presentarse -por ejemplo- como país de acogida de trabajadores invitados que como país que apenas entreabre sus puertas a un contingente seleccionado de extranjeros. En ambos casos, las disposiciones legales son decisivas. No obstante, las migraciones humanas no constituyen una realidad social voluble, que cambie de la noche a la mañana, al perentorio arbitrio de los legisladores. Se configuran de conformidad con los lejanos impulsos, múltiples e indecisos, que les dieron origen, convertidos con el paso del tiempo en sólidas tradiciones. Forman propiamente una estructura menor integrada en las estructuras globales de los países emisor y receptor: desde esta inercia, sin hacerse notar demasiado, dan lugar a las novedades. Justo, en esta remisa disposición al cambio tanto de las estructuras migratorias como de las estructuras globales, se inserta -interpreto así el pensamiento de Izquierdo- la voluntad política de los gobiernos, que sólo se salen con la suya en la medida en que reconocen el vigor de aquéllas. Al legislador no le está permitido dar la espalda a factores tales como la composición de la población, la dinámica laboral, la estructura económica, la estratificación ocupacional y las tensiones sociales. Y, aún así, por muy previsor que sea, siempre se verá forzado a actuar con un considerable grado de incertidumbre, pues una cosa es indagar -e incluso activar mediante sus providencias políticas- el potencial migratorio en el origen, y otra atinar con la magnitud, la circunstancia y el destino del propio movimiento.

*Efectos.* Al fundado parecer de Antonio Izquierdo, las inmigraciones son beneficiosas: está muy lejos de compartir la visión catastrofista que tan predominante resulta en nuestros días. Para el país receptor, constituyen una fuente -potencial al menos- de complementariedad laboral, de enriquecimiento cultural y de incremento del consumo de bienes. Para el país de origen, fuente de remesas de divisas y -en el caso del retorno de sus emigrados-, factor de modernización. Para los propios interesados -y en particular para las mujeres del mundo subdesarrollado-, un horizonte de mayor libertad y bienestar material. Lo que no entraña que Izquierdo desconozca o menosprecie los efectos perversos de los flujos inmigratorios; en particular, los que recaen sobre la parte más débil: la explotación económica y el rechazo social del inmigrante falto de instrucción y de capacitación profesional, socialmente lejano, visible en sus rasgos físicos constituyen lacras que suelen acompañar a todo flujo inmigratorio.

*Reacciones.* Cogido de sorpresa por la reciente inmigración de extranjeros, el español medio, si es que existe tal figura, anda -a juicio de Izquierdo- un tanto desconcertado: tiende a creer en la inverosímil historia de la invasión de España por una imponente ola de inmigrantes, menesterosos, sin formación, a la caza de cualquier empleo, a costa del honrado trabajador español y con una especial propensión a cometer delitos. De este modo, el susodicho personaje describe -ex abundancia cordis- los ingredientes característicos de una mentalidad xenófoba y racista, aunque a título particular no se defina como tal, sino todo lo contrario. Son éstas contradicciones y ambigüedades que ciertamente no ayudan a discernir las verdaderas dimensiones del problema, pero como datos de encuesta que son han de tomarse -nos advierte Izquierdo- cum grano salis. Elemental cautela que, al parecer, no ha guiado las decisiones gubernamentales sobre flujos migratorios, fundadas -con un exceso de credulidad- en sondeos de opinión; cuando convendría reparar lisa y llanamente en la propia realidad de la inmigración, por esquivada que resulte su determinación -insinúa Izquierdo-. Por lo pronto, el incipiente racismo español no encuentra fundamento objetivo alguno: de un lado, la inmigración se mantiene en dimensiones cuantitativas modestas -aparte de que no existe propiamente un umbral de tolerancia, sino como mera expresión ideológica-; y de otro, cumple el cometido principal de sustituir a los trabajadores españoles en las tareas que éstos desprecian, y en servir de amortiguador de la crisis económica. A juicio de Izquierdo, la posible razón de tan grave atentado contra la convivencia, por parte de algunos sectores de la sociedad española, radica en la fuerte desigualdad social que caracteriza a ésta: los motivos del racismo radican más en problemas internos que en los ocasiona-

dos por los inmigrantes. El saber vivir unos con otros -sentencia en frase apodíctica- depende sobre todo de poder vivir unos y otros.

*Política migratoria.* En cuanto que -según Izquierdo- los factores causales de los movimientos migratorios son -en un sentido amplio- de índole política, igualmente de este signo han de ser las medidas que se ocupen de la regulación de la inmigración. Y, a este respecto, no tiene dudas: la política de inmigración ha de ser de acogida e integradora, no de mero control y selección. En consecuencia, incita encarecidamente a que se pongan los medios legales que procuren la integración activa de los inmigrantes en la sociedad española, en toda su compleja configuración -cultural, económica, laboral, política- y no por partes. No se puede pasar por alto el hecho clave del proyecto de asentamiento prolongado en nuestro país de la población inmigrante. Hay claros síntomas -inmigración y reagrupamientos familiares, predominio femenino- que indican que no se trata de una mera corriente de ida y vuelta. Guste o no guste, hay que contar con esa aumentada población extranjera que se ha asentado entre nosotros. Además, no basta con circunscribir las medidas legales a los estrechos límites de nuestras fronteras, pues el fracaso amenaza a toda la política de inmigración que se reduzca a las condiciones del destino y no actúe sobre la situación en el origen: la política tiene que desplegarse en las dos orillas -concluye gráficamente Izquierdo-.

En suma, *La inmigración inesperada* de Antonio Izquierdo es un excelente libro: informado, actual, sugerente, apasionado a veces, con abundante documentación empírica, en un castellano terso, sobre un problema de máximo interés sociológico. Las reiteraciones conceptuales que contiene -debidas a la naturaleza independiente de los textos incluidos- sólo nos hacen echar de menos su elaboración de acuerdo con un plan orgánico, pero eso ciertamente sería otro libro. Éste, por lo pronto, hay que leerlo en su integridad, dejándonos llevar por los variados enfoques con que Antonio Izquierdo nos presenta la inmigración en España. Sólo su lectura parcial podría inducir a confusión al lector apresurado al recibir éste una visión fragmentaria del problema, de por sí de intrincada naturaleza y sujeto a las más encontradas pasiones.

José CASTILLO CASTILLO